

La obra humanitaria del Rey Alfonso XIII durante la Primera Guerra Mundial

Enrique GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Acaso el capítulo más hermoso —y a la vez tan escasamente conocido— del reinado de Alfonso XIII fue la obra humanitaria que este Monarca realizó durante la Primera Guerra Mundial. Como representante de un país neutral se propuso organizar una intervención pacificadora y caritativa en favor de los que sufrían la desgracia de la guerra: de este modo Alfonso XIII consiguió que indultaran de la pena de muerte a ciento dos condenados de varias nacionalidades; hizo que repatriaran a millares de heridos graves, prisioneros y poblaciones civiles; envió veinticinco mil informaciones de familias incomunicadas residentes en territorios ocupados; cursó doscientas cincuenta mil investigaciones relativas a prisioneros o desaparecidos en los campos de batalla; mandó delegados suyos a realizar unas cuatro mil inspecciones a hospitales, lazaretos y campos de prisioneros de uno y otro bando; garantizó la inmunidad de los barcos-hospitales; facilitó noticias a las familias de los soldados; envió dinero, medicamentos, libros y otros enseres a los prisioneros. El gasto económico ocasionado con todo ello lo pagó de su bolsillo. Debido al actual desconocimiento generalizado, si examinamos la acción de aquel Rey en favor de los necesitados de todas las naciones beligerantes en la llamada *Gran Guerra*, se nos descubrirá una imagen de Alfonso XIII ignorada por la inmensa mayoría de los españoles.

En efecto, nos encontramos ante una obra admirable, más allá de todos los Premios Nobel de la Paz, sin precedentes en la historia del mundo.

Cuando comenzó el conflicto europeo de 1914-1918, Alfonso XIII era un joven Rey: tenía veintiocho años. Sufría con las crueldades de esa contienda que —debido a sus grandes matanzas y destrucciones, al trato inhumano que recibían los prisioneros, a tantas familias angustiadas y rotas, a los brutales enfrentamientos, con millones de muertos, o al altísimo número de desaparecidos— adquirió el nombre de *Gran Guerra*.

No pocos políticos españoles se declaraban a favor o en contra de uno de los dos bandos. Las derechas se declararon germanófilas; las izquierdas, aliadófilas. Fueron creadas violentas campañas y formadas Juntas de Defensa. Pero Alfonso XIII pidió a sus Gobiernos una estricta abstención de simpatías o antipatías ante el conflicto.

Asimismo resistió siempre todas las presiones para que interviniera en la guerra, aunque fueran familiares.

Hay que recordar que Alfonso XIII se encontraba en una situación familiar verdaderamente incómoda durante la guerra. Su madre, Doña María Cristina, nacida en Austria, se inclinaba hacia un bando porque era hermano suyo el Archiduque Federico, Generalísimo del Ejército austro-húngaro; además tenía otros dos hermanos que desempeñaban altos cargos militares en el mismo ejército. Por otro lado, la esposa de Don Alfonso, Doña Victoria Eugenia, nacida en Gran Bretaña, se inclinaba hacia el otro bando porque tenía a dos de sus hermanos y a su tío, el Príncipe Luis de Battenberg, ocupando altos mandos en el frente aliado.

UNA LAVANDERA FRANCESA ESCRIBE A ALFONSO XIII

Una pobre lavandera francesa, del Departamento de Gironde, escribió al Rey de España pidiéndole que hiciera lo posible por encontrar el paradero de su marido, que como soldado había desaparecido en una batalla el 28 de agosto de 1914. Alfonso XIII, con el ímpetu de sus veintiocho años, movilizó entonces las Embajadas españolas en París y Berlín, y al final, prisionero en Alemania, apareció el marido de la lavandera. Don Alfonso escribió de su puño y letra a la señora francesa para darle las noticias sobre su marido: estaba vivo, no podía comunicarse con Francia, y el Rey de España haría lo necesario para que al prisionero autorizaran escribir a su mujer.

El 18 de junio de 1915 el diario francés *La Petite Gironde*, de Bayonne, relataba el caso bajo un epígrafe titulado: "Gracias al Rey ella encuentra a su marido". Y continuaba: "Un acto emocionante del Rey de España; se merecerá el agradecimiento emocionado de una mujer, pero se atraerá sin duda una avalancha de solicitudes. Un soldado girondino caía herido el 28 de agosto de 1914 en la batalla de Charleroi. Después no había noticias suyas. ¿Estaba muerto? ¿Estaba prisionero? Para saberlo, su joven esposa se dirigió en vano a todas partes. Al fin tuvo la idea de escribir directamente al Rey de España, Soberano de un país neutral. Alfonso XIII le respondió que haría todo lo posible para saber lo que había pasado con su marido. Las gestiones de Alfonso XIII acaban de ser coronadas por el éxito. El domingo pasado, la joven mujer recibía una carta personal del Rey anunciándole que su marido estaba prisionero en Alemania, y que no le habían permitido escribir a su familia. Alfonso XIII añadía que hacía mientras tanto lo necesario para que el prisionero fuera autorizado a escribir algunas palabras a su mujer".

Muchos medios de comunicación difundieron también esa noticia. Después continuaron llegando al Palacio Real de Madrid miles de peticiones procedentes de todos los países en guerra. Los diarios europeos dedicaban, casi a diario, un espacio a dar cuenta de ello.

LAS NOTICIAS SOBRE ALFONSO XIII EN LA PRENSA EUROPEA

No debe olvidarse que Alfonso XIII gozaba de una curiosa popularidad en Europa: las noticias sobre su vida circulaban y eran seguidas atentamente, con simpatía, desde su venida al mundo el año 1886, en que nació siendo Rey, hasta su Jura contando dieciséis años de edad, o su Boda, pasando por las peripecias de aquel Rey niño o los viajes oficiales que cursó, adolescente o joven, en medio de grandes aclamaciones, a las principales capitales europeas.

Sin duda que esa simpatía que en Europa despertaba el Rey de España, considerado tan familiar desde su nacimiento, hizo que muchos se dirigieran a él con confianza. Pero sobre todo eran muchas las mujeres europeas que, cautivadas por ese joven Monarca, cifraban en él sus esperanzas.

Los periódicos europeos se hacían eco de la obra humanitaria de Alfonso XIII. La Prensa italiana recogía títulos como éstos: "El Rey de España y su obra por los prisioneros de guerra"; "Una Oficina Real de correspondencia"; "Emocionante fraternidad"; "Cada día el Rey atiende personalmente el enorme trabajo"; "Ninguna carta queda sin respuesta"; "Palabras emocionantes del Rey".

El periódico *L'Echo de Paris* se refería al "verdadero ministerio admirablemente organizado que ha prestado y presta a las familias francesas los servicios más señalados". El mismo diario escribía: "No lo olvidaremos; no lo olvidaremos nunca. No tendríamos nunca suficientes palabras de agradecimiento hacia el Soberano que entiende así su deber neutral y ha hecho derramar lágrimas, pero lágrimas de alegría, a muchas madres francesas".

Abel Hermant, en *Le Temps*, escribía: "¡Alfonso XIII acaba de conquistar el corazón conmovido de Francia! La obra del Rey es admirable: incluso cualquier alemán la encontrará admirablemente organizada; pero no es mecánica... Lleva el sello personal de quien la ha concebido, y se guía más por el corazón que por las reglas de la diplomacia... Es una obra, en fin, de intimidad, una obra de iniciativa privada... La educación que ha recibido el Rey es excelente: una educación de hombre. Hoy ofrece la prueba; porque la educación es una gran cosa, que no se conoce sólo en las excelencias del buen trato. Hay también una caridad bien educada. Hay también una lealtad bien educada. Alfonso XIII ha dado a Francia todas las pruebas de amistad, sin menoscabar la más correcta neutralidad".

En *L'Eclair* se leía que "un Rey como Alfonso XIII, que ha sabido convertir una gloriosa bandera en un paño de lágrimas, merece el título de Caballero Real de la Caridad. ¡El Rey encantador! No sé cómo los sucesores de Velázquez le harán posar para la galería de El Escorial. A nosotros los franceses nos gustará recordarlo eternamente en su papel de Príncipe de la Caridad".

René Daval, en *Le Gaulois*, dijo que "juzgamos la nacionalidad española por los actos de su Rey, que es la más alta personificación de la lealtad, del valor y del desinterés".

En las páginas de *L'Humanité*, el conocido radical socialista Fabra Ribas elogiaba repetidamente la obra de Alfonso XIII. Sería interminable recoger los testimonios de toda la Prensa de Francia: *Le Républicain du Gard*, de Nîmes; *Le Républicain de Chinon*; *La Dépêche*, de Toulouse...

Igualmente ocurría con la Prensa británica. *The Times* recogía así unas declaraciones de Alfonso XIII: "Soy Rey de España; pero soy también Coronel de un regimiento británico: hago lo que puedo por mis compañeros de armas". Y el periódico comentaba: "El Rey Alfonso es uno de los más laboriosos Monarcas en Europa hoy: ha sabido dar una admirable ocupación a la paz y a la neutralidad".

El *Daily Mail* llamó al Rey de España "Rey caballero" y también "Ministro supremo de cartas de amor en la guerra".

Lo mismo sucedía en Bélgica. *Le XXme Siècle*, desplazado de su sede de Bruselas por la invasión, llamaba a Alfonso XIII "el buen samaritano de la guerra".

La Prensa germánica dedicó a Alfonso XIII calurosos elogios: de ellos hay muestra en las colecciones del *Berliner Tageblatt*, en *La Gaceta de Colonia*, y aun en órganos modestos como *Pyrmonter Zeitung* y *Oberlansiker Erzähler*, de Neugersdorf. La obra es llamada repetidamente, en los diarios alemanes, *Das Tränenarchiw des König von Spanien*: archivo de lágrimas del Rey de España.

El diario *Berliner Tageblatt* publicaba el 5 de agosto de 1915 la siguiente noticia: "Según informan los diarios franceses, el Rey Alfonso de España se ocupa diligentemente de averiguar el paradero de los prisioneros de guerra, para lo que solicita ayuda en todas partes. Las instancias pueden dirigirse a la agencia de prisioneros de guerra que ha instalado el Rey y cuya dirección ha asumido él mismo. Con ayuda de sus representantes en el extranjero, han podido ser identificados ya 7.000 prisioneros. Tan pronto como entra en el Palacio Real de Madrid una instancia, se comunica al remittente que se inicia la investigación sobre su caso. Esta investigación la encomienda el Rey a su representante diplomático en el país en el cual se supone pueda encontrarse el prisionero que se busca. Tan pronto como se reciben noticias se las comunica el Rey a la familia del prisionero".

En cuanto a la Prensa austriaca, el *Freundenblatt* de Viena escribía: "España nos representa de un modo admirable en Italia y Portugal, y ayuda de un modo eficaz a nuestros prisioneros de guerra e internados civiles que se encuentran en Italia... Ade-

más, España se ha encargado de representar, de un modo que merece toda nuestra gratitud, nuestros intereses en el Japón y en Salónica". No menos expresiva era la *New Freie Presse*.

Lo mismo ocurría con la Prensa americana del Norte y del Sur, especialmente esta última, la hispanoamericana, que se mostraba orgullosa de la acción de quien llamaba a su Rey, cuya visita a América, por otro lado, esperaba ilusionadamente.

Cada artículo publicado en los periódicos de cualquier país beligerante era invariablemente seguido por centenares de solicitudes dirigidas al Palacio Real de Madrid.

LA OFICINA DEL PALACIO REAL DE MADRID

Al saber que miles de familias europeas carecían de noticias sobre si sus seres queridos habían muerto, estaban heridos o si se encontraban en campos de concentración, desde la neutralidad española el Rey Alfonso quiso realizar una labor humanitaria en beneficio de los combatientes de todas las naciones beligerantes: organizó, bajo su dirección, una oficina informativa en el Palacio Real de Madrid.

Al principio esa Oficina estaba compuesta sólo por el propio Rey y su secretario particular, Emilio María de Torres, con quien despachaba hasta altas horas de la noche una correspondencia que cada vez aumentaba más, y que llegó a ser tan enorme que el despacho real no bastaba: hubo que habilitar otras estancias de Palacio, solicitar la ayuda de tres diplomáticos y contratar hasta cuarenta empleados (entre éstos trabajó el insigne escritor Julián Juderías).

Para atender tantos miles de cartas que la Secretaría Particular de Alfonso XIII recibía, se formaron numerosos ficheros, archivadores e índices de ardua confección debido a las dificultades de alfabetizar documentación escrita en tan diferentes idiomas.

Frecuentemente el Rey ordenaba que llevaran a su despacho los expedientes y solicitudes más urgentes. Tras sus graves ocupaciones diarias sobre política española, seguía trabajando sobre la Gran Guerra hasta muy entrada la noche para contestar cartas, solicitar favores, redactar informes, minutas o formularios.

Las secciones creadas en la Oficina de Palacio eran éstas: I-Servicio de desaparecidos. II-Servicio de información y correspondencia en territorios ocupados. III-Servicio de prisioneros. IV-Servicio de repatriaciones de militares graves o enfermos. V-Servicio de repatriaciones de población civil. VI-Servicio de internamiento en Suiza. VII-Indultos. VIII-Conmutaciones de pena. IX-Remesa de fondos a individuos o

familias que viven en territorios ocupados y que se hallan incomunicados hace tiempo con sus familiares. X- Informes relativos a las visitas de inspección realizadas por los delegados españoles afectos a la Embajada de Su Majestad en Berlín, Viena y Roma.

Tan pronto como entraba en Palacio una petición, se comunicaba al remitente que Alfonso XIII comenzaba a investigar sobre su caso. Cuando algunos enviaban dentro de sus cartas sellos de correo o billetes, se devolvían. Todo se hacía gratis, sin que los necesitados tuvieran que pagar nada. Lo más frecuente es que el Rey encomendara las averiguaciones al embajador de España en el país donde se suponía podía encontrarse el prisionero en cuestión. Si eran recibidas noticias, se las comunicaba rápidamente el Rey a la familia.

Todas las noches en Palacio un camión de Correos cargaba varias sacas de cartas —cada una con el Escudo Real y el membrete *Secretaría Particular de Su Majestad el Rey*— hacia distintos puntos de Europa.

UNA LABOR PAGADA CON SU DINERO PERSONAL

Alfonso XIII pudo salvar de la muerte, solicitando indultos, a más de cien condenados de uno y otro bando, recogía informes sobre desaparecidos, montó un servicio para inspeccionar hospitales y campos de concentración de prisioneros, se preocupó —también con ayudas materiales— del estado de los heridos, civiles o militares, y respondió —muchas veces de su propia mano, con su inconfundible caligrafía, si se trataba de las más angustiadas— a unas trescientas mil cartas que a él le dirigían madres, esposas o niños para que intercediera por sus familiares.

Y todo esto lo pagó el Rey de su bolsillo, con sus ahorros personales. También de su peculio adquiría medicamentos y libros para enviar a los prisioneros. O incluso enviaba ese propio dinero a quienes lo necesitaran. Aproximadamente Alfonso XIII se gastó dos millones de pesetas de entonces.

Debido al indudable prestigio que había adquirido al viajar por toda Europa y al tratar con los demás Reyes —sus hermanos y primos— o con los Presidentes franceses Loubet y Poincaré, Alfonso XIII podía interceder eficazmente desde su posición neutral. A ellos se dirigió durante los años de la guerra para solicitar indultos y repatriaciones, para exigir buen trato a los prisioneros, para pedir conmutaciones de penas de muerte o para suplicar que los campos de prisioneros tuvieran todas las garantías sanitarias. *Il y a déjà assez de victimes*: así solían terminar sus telegramas a París, Londres, Viena, Berlín, Petrogrado o Sofía.

Fue una labor difícil y costosa, pero cuyos resultados repercutieron durante muchos años con el agradecimiento de los pueblos europeos, sobre todo de los más afectados como Francia.

ALGUNAS ACCIONES

En los primeros meses de la guerra, Alfonso XIII consiguió el cese de las represalias extraordinarias en Alemania contra prisioneros franceses. Obtuvo —tras pedírselo personalmente a los Emperadores de Alemania y Austria— la evacuación de los campos de represalia de Halle, Kustron y Beeskow. Escribió de su puño y letra tres cartas al embajador de España en Berlín para que urgentemente se ocupara de la población civil de Lille. Se dirigió a los Jefes de Estado Mayor de Alemania y Austria, y tras largas gestiones consiguió que fueran trasladados a Suiza todos los prisioneros tuberculosos.

El Rey se encargaba de enviar delegados suyos a los distintos campos de prisioneros europeos para que inspeccionaran sobre sus condiciones, señalaran las quejas y aconsejaran las reformas y mejoras que convenía hacer.

En abril de 1915, Alfonso XIII, muy impresionado por las penalidades que sufrían los prisioneros, se dirigió confidencialmente al Presidente de la República Francesa, Poincaré, para ofrecerle su intervención personal con el fin de que no fueran aplicadas las penas a los prisioneros franceses, militares y civiles, en Alemania. El Presidente francés agradeció vivamente el ofrecimiento del Rey de España, pero no lo aceptó hasta catorce meses después, cuando las condenas y represalias se multiplicaron. Alfonso XIII se dirigió al Emperador Guillermo II de Alemania y consiguió, entonces, aplazar la aplicación de las penas judiciales impuestas a los franceses. Naturalmente, la aceptación por Alemania de las propuestas de Alfonso XIII supuso la aplicación recíproca del mismo trato a los prisioneros alemanes en Francia.

Sin embargo, los alemanes no fueron fieles a ese acuerdo y enviaron muchos prisioneros franceses a Curlandia, Lituania y Polonia, donde eran sometidos a trabajos forzados. El Gobierno francés apeló "al espíritu de generosidad y de humanidad de Su Majestad, cuya benevolencia e incansable intervención han producido resultados cuyo valor aprecia Francia entera". Alfonso presionó entonces insistentemente al Gobierno de Berlín hasta que éste aceptó con algunas observaciones, también aceptadas por el de París, que comunicó su gratitud al Rey de España.

El embajador de Francia en Madrid, Geoffroy, dijo que "ninguna voz está más capacitada para hacer oír los acentos de dolor de los expatriados que la del Soberano del país encargado de la defensa de nuestros intereses en Alemania".

En abril de 1917 los submarinos alemanes destruyeron dos buques-hospitales británicos bajo la acusación de que las potencias aliadas utilizaban esas embarcaciones para fines militares. El Gobierno francés declaró que si Alemania no ofrecía garantías suficientes respecto a los buques-hospitales, Francia embarcaría en ellos prisioneros alemanes. En represalia, el Gobierno germano amenazó que por cada

prisionero alemán embarcado ordenaría que fueran enviados tres prisioneros franceses a las ciudades más expuestas a los bombardeos aéreos aliados.

La intervención de Alfonso XIII –acompañada de protestas– puso término a esas represalias mutuas y garantizó el respeto a los buques-hospitales, que jamás serían utilizados para fines bélicos. A bordo de todas las naves-hospitales irían a partir de entonces inspectores españoles, lo cual ofrecía una inmunidad que fue respetada por los beligerantes, sin necesidad de que aquellos barcos viajaran con escolta. La garantía de que era cumplida esa condición de no utilizar los buques-hospitales para fines bélicos fue asumida por Alfonso XIII.

De esa manera fueron salvadas muchas vidas de heridos, así como de enfermeras, médicos, oficiales y de la entera tripulación de esos barcos-hospitales.

Debido a ello, al reunirse en Ginebra la Conferencia de las Cruces Rojas neutrales, envió a Don Alfonso XIII un mensaje firmado por su presidente, Edouard Naville, el 11 de setiembre de 1917: "La Conferencia aprecia con satisfacción que los esfuerzos realizados por Vuestra Majestad para obtener el cese de las medidas de represalias sobre las naves-hospitales, han sido coronadas por el éxito. La Conferencia expresa a Vuestra Majestad su profunda gratitud por este nuevo servicio rendido después de tantos otros a la causa de la Humanidad".

De la obra humanitaria de Alfonso XIII se beneficiaron, sobre todo, gentes humildes, de pocos recursos económicos, pero también personajes famosos, como el bailarín ruso Nijinsky, el cantante francés Maurice Chevalier, el pianista polaco Rubinstein o el historiador belga Pirenne. Otras gestiones no tuvieron el mismo resultado feliz, como aquella en que se propuso salvar de la muerte a la Familia Imperial Rusa.

Cuando Alfonso XIII supo que en los campos de concentración de Austria-Hungría se encontraban mil quinientos niños serbios, se dirigió al Gobierno austriaco para solicitar que fueran devueltos a sus hogares; así ocurrió, y el Rey de Serbia y su Gobierno testimoniaron entonces su agradecimiento a Don Alfonso.

ALGUNAS CARTAS

Los millares de cartas dirigidas al Rey de España procedían de madres, padres, hermanos, esposas o novias de prisioneros, desaparecidos o heridos franceses, ingleses, belgas, alemanes, italianos, austriacos, portugueses, serbios, rusos o polacos.

Hubo algún mes en que la cifra de cartas recibidas en el Palacio de Oriente, solicitando la ayuda del Rey Alfonso, ascendió a veinte mil. Había dos correos diarios que llegaban a Palacio: enseguida las cartas se examinaban, clasificándolas y distribuyéndolas. Todas las peticiones fueron examinadas por la Secretaría de Alfonso XIII, y

no pocas por él mismo. Tras realizar las gestiones oportunas, la Oficina de Palacio respondía sin excepción a la madre o al padre, a la hermana o al hermano, a la novia, al pariente o al amigo.

El 25 de abril de 1916, el Rey Alberto I de los belgas escribió al Rey español de veintinueve años llamado Alfonso XIII para interceder por el historiador Pirenne: "Mi querido Primo: La gran simpatía que has demostrado hacia mi país, tu alta solicitud por tantos belgas que se encontraban en situaciones difíciles, me animan a pedirte un favor. El profesor Pirenne, de Gante, nuestro mejor historiador y un excelente patriota, acaba de ser encarcelado en Alemania. Si crees que puedes hacer algo por él, por ejemplo que sea enviado a un país neutral, Suiza o cualquier otro, te estaría personalmente agradecido si consintieras mediar por la libertad del Sr. Pirenne, que es un anciano para el que una larga estancia en prisión podría serle fatal. Nos ha alegrado particularmente ver aquí al Marqués de Villalobar, un verdadero amigo para nosotros, y nos ha emocionado mucho lo que nos ha dicho en tu nombre. Beso la mano de la Reina y quedo siempre tu devoto afectísimo hermano y primo *Albert*".

Ya antes de recibir esa carta del Rey de los belgas, Alfonso XIII se había puesto en contacto con su embajador en Berlín para intentar mejorar la suerte de Henry Pirenne y de otro profesor de la Universidad de Gante, Paul Fredericq, condenados ambos por las autoridades germanas al destierro en Alemania. El secretario particular de Alfonso XIII escribió al embajador de España en Berlín el 13 de abril de 1916 que "ha influido mucho en el ánimo de S.M. para intervenir a favor de estos profesores, aparte de los sentimientos humanitarios que tanto arraigo tienen en su generoso corazón, la circunstancia de que estos señores han dado pruebas en distintas ocasiones de afecto a España".

Por fin, tras diversas gestiones de Alfonso XIII, los profesores Pirenne y Fredericq fueron trasladados el 28 de agosto y el 8 de septiembre, respectivamente, a Jena, donde disfrutaron de completa libertad, pudiendo hacer lo que gustasen en aquella Universidad.

El poeta Edmund Rostand escribía a Alfonso XIII estas palabras: "Señor: Mi corazón se ha conmovido al leer la carta que Vuestra Majestad me ha hecho el gran honor de dirigirme, y siento una confusión profunda al ver que Vuestra Majestad se ha tomado el trabajo de darme por sí mismo esperanzas sobre la señorita Marmier. Los soldados muertos y el que aún vive se estremecerán de orgullo al saber la asistencia concedida a su hija, a su hermana. Por lo que a mí toca, en esas líneas, llenas de cortesía, he vuelto a encontrar todos los rasgos que la leyenda francesa presta amorosamente al joven caballero que reina en las Españas. Señor: es verdaderamente de la más alta elegancia esa carta, en la cual, como un héroe, un Rey promete a un poeta proteger a una mujer; jamás recordé yo con más orgullo que la madre de mi padre era de Cádiz; y siento removerse toda mi sangre española en el momento en

que expreso respetuosamente a Vuestra Majestad mi emoción, mi gratitud y mi adhesión. *Edmund Rostand*".

En nombre de muchas mujeres francesas, una de ellas, la madre de un prisionero, da las gracias a Don Alfonso XIII con esta carta fechada en París el 27 de octubre de 1916, de la que fue portador Rafael Altamira: "Señor: En nombre de todas las mujeres de Francia, madres, esposas, novias, permítame Vuestra Majestad que os exprese aquí nuestra infinita gratitud. Nuestras miradas se vuelven hacia Vos, Señor, porque nuestra causa, que es la causa de los débiles, la hemos puesto en vuestras manos prudentes y leales, y Vuestra Majestad la ha defendido siempre como a su propia causa... Quiero también decir a Vuestra Majestad que nosotras, las que tenemos hijos de vuestra edad, mejor aún que otras, os hemos seguido desde vuestra cuna, interesándonos en todo lo que a ella se refería y considerando casi como propios vuestras alegrías y éxitos... Por todo lo que habéis hecho y todo lo que habéis de hacer todavía, Señor, gracias de nuevo; gracias de todo corazón, gracias. Que Dios guarde a Vuestra Majestad de toda pena y que os devuelva en felicidad, en prosperidad y en alegría la suma de consuelos que mil y mil mujeres de Francia deberán a vuestra bondad. Respetuosamente, *viuda de L. Pongnoire*".

Hay casos de cartas verdaderamente simpáticas y emocionantes, como las que se cruzaron Alfonso XIII y una niña francesa de ocho años, llamada Sylviane Sartor, que escribe desde París al Rey de España: "Majestad: Mamá llora siempre porque su hermano está prisionero. Majestad: mamá recibió ayer una postal en la que le dice que se muere de hambre. Majestad: yo os agradecería lo hicieseis enviar a Suiza, porque ya está prisionero desde hace dos años y mamá va a enfermar de tanta pena. Majestad: os doy las gracias por adelantado. Vuestra servidora, *Sylviane*".

A la carta anterior responde Don Alfonso de su puño y letra, bajo las cruces de las Ordenes Militares, el 20 de abril de 1917: "Querida señorita: Yo procuraré, lo mejor que sepa, hacer que mamá no lllore; pero tened la bondad de darme noticias precisas sobre su tío para que yo pueda enterarme de su estado de salud y si es posible internarlo en Suiza. Mis mejores recuerdos. *Alfonso XIII Rey*".

La niña Sylviane contestó así al Rey el 24 de abril de 1917: "Majestad: Me ha conmovido mucho que hayáis tenido a bien responder a una niña como yo. Estoy muy contenta, Majestad: gracias a Vos he podido consolar un poquito a mamá. También pensaré en Vos durante toda mi vida y pediré al Buen Dios que os bendiga. Majestad, las señas que me habéis pedido sobre mi tío las adjunto en mi carta. Majestad, os suplico que os ocupéis de mi tío. Nos ha escrito hoy y dice que está en el hospital con una neumonía. Majestad, no olvidéis que soy siempre vuestra pequeña servidora devota y agradecida. *Sylviane*".

El 7 de agosto de 1918, quien fue célebre ministro francés de Asuntos Exteriores, Delcassé, escribe esta carta a Don Alfonso, agradeciéndole cuanto hizo por su hijo: "He pedido enseguida al Sr. Quiñones de León transmitir mi profunda gratitud por la información que Vuestra Majestad ha tenido a bien enviarme... Quiero decir ahora cuánto nos hemos emocionado mi mujer, mi hija y yo por este alto testimonio de simpatía que viene a añadirse a las numerosas muestras de interés que Vuestra Majestad ha enviado a mi pobre hijo. Mi corazón no las olvidará jamás. Ruego a Vuestra Majestad se digne aceptar y presentar a los pies de Su Majestad la Reina el saludo respetuoso de mi sentimiento agradecido".

"ESTE ES UN PUNTO DEL QUE YO NO DEBO HABLAR"

Alfonso XIII esquivaba hablar sobre toda esa obra humanitaria que no conoció el Premio Nobel de la Paz. Su elegante modestia prefería silenciar cuanto hizo para aliviar los dolores de la Primera Guerra Mundial.

Estando en Fontainebleau, el 23 de julio de 1933, en una de las primeras conversaciones que el Rey desterrado mantuvo con su principal biógrafo, Julián Cortés-Cavanillas, éste le preguntó acerca de cuál creía fue el acontecimiento más importante y benéfico de su reinado. Sin vacilar un instante, Don Alfonso le respondió: "La neutralidad durante la Gran Guerra". Inmediatamente, tras hablar sobre la paz y la prosperidad que disfrutó España en ese conflicto iniciado el año 1914, añadió: "Pero, junto a los beneficios económicos derivados de la neutralidad, yo aproveché la triste oportunidad para demostrar la generosidad cristiana de España y su gran espíritu humanitario, haciendo directamente o por medio de mi Gobierno cuanto me era posible para salvar vidas en cualquiera de los países beligerantes, devolver el mayor número de prisioneros a sus respectivos hogares y garantizar el libre paso de los barcos-hospitales".

Cortés-Cavanillas –amigo entrañable, fallecido en 1991– quiso que el Rey se extendiera hablando con más detalles sobre este particular, pero Don Alfonso, modestamente, decía: "éste es un punto del que yo no debo hablar, y las naciones que fueron beligerantes conocen sobradamente".

"LA GRATITUD FRANCESA"

Trece años después de terminada la Primera Guerra Mundial, Alfonso XIII era recibido en París y Londres, al comienzo de su destierro, con manifestaciones multitudinarias, emocionantes, llenas de gratitud.

Hacia la medianoche del 16 de abril de 1931, más de diez mil franceses aguardaban y rompían las barreras de seguridad de la *Gare de Lyon* de París. Millares de

pañuelos, bajo las luces eléctricas, se agitaban cuando llegó el tren del Rey de España. Al salir Alfonso XIII por la portezuela de su vagón, se produjo una ovación formidable, con incesantes gritos de *Vive le Roi!*

Al día siguiente el diario parisino *Le Matin* escribía estas palabras: "Entonces hubo un empuje delirante de la multitud, que rompió las barreras con una fuerza irresistible y, en el tumulto inenarrable del atropello gigantesco, el grito de *Vive le Roi!*, repercutido por todos los ecos, resonó como el rugido del trueno". Alfonso XIII era casi estrujado; los gendarmes trataron de protegerlo ante ese entusiasmo que a ellos mismos llevaba por delante.

Prosigue diciendo *Le Matin*: "Incapaz de hablar en medio del ruido de los vivas, de los cuales era el centro, miraba con los ojos sorprendidos; se dejaba llevar, y la multitud, contenta de tenerlo, lo estrechó aún más y casi lo ahogó con sus aclamaciones. Apenas había un centenar de metros para llegar a la puerta de salida; pero para recorrerlos se necesitaba un tiempo inconmensurable. Fue una lucha cuerpo a cuerpo asombrosa y arriesgada. Los guardias, dirigidos por Mr. Chiappe, prefecto de Policía, y Mr. Guichard, director de la Policía municipal, trataron vanamente de oponer a este desbordamiento el dique de sus fuerzas impotentes. Todo estaba sumergido en aquella ola, y la multitud, penosamente, avanzó paso a paso. Había que atravesar el salón de recepción para llegar al coche que esperaba al Soberano, y la multitud entró, derribando todos los obstáculos. Y luego, en la calle y en el Hotel Meurice, se reprodujeron las manifestaciones de entusiasmo, de cuya magnitud da idea el hecho de que varias personas tuvieron que ser asistidas en los dispensarios por contusiones y síntomas de asfixia".

Por su parte, el diario parisino *Le Figaro* publicaba en primera plana el viernes 17 de abril de 1931 la foto del Rey Alfonso, con rostro emocionado y sorprendido, al llegar a la estación ferroviaria, así como un editorial titulado *La gratitud francesa* y una extensa columna bajo el epígrafe *La acogida de París al Rey y a la Reina de España. Manifestaciones emocionantes*.

Le Figaro escribía que "París ha acogido ayer a la Familia Real española con más calor y entusiasmo como nunca lo había expresado en los tiempos en que Alfonso XIII reinaba más allá de los Pirineos. La aureola de la desgracia es una corona que brilla para los franceses con más luz que todas las diademas del mundo... Pero hay otro sentimiento que es el que ha movido a la multitud de obreros, empleados, modistas, que ayer por la mañana fueron al *Quai d'Orsay* para aclamar a la Reina, y a la enorme masa de todas las clases de la sociedad que se apretaba por la noche en la *Gare de Lyon* para ofrecer al Rey el consuelo de una ferviente bienvenida: ¡el agradecimiento! Es una virtud francesa. No podemos olvidar aquella amistad del Rey y de la Reina de España, pendientes durante la guerra de nuestros heridos, de nuestros

prisioneros, aliviando nuestra miseria. ¡Muy naturalmente el Rey y la Reina caritativos viven en nuestras memorias llenas de gratitud!".

Y continuaba *Le Figaro*: "La recepción que París ha reservado ayer al Rey Alfonso XIII quedará inolvidable. Desde la *Gare de Lyon* hasta los alrededores de la Plaza de la Concordia, una multitud entusiasta, unánime en la afirmación de amistad y de sentimiento del honor, ha expresado espontáneamente al Rey de España que Francia no olvidaba en la desgracia. La historia recordará esta fecha. Cuando el rápido de Marsella paró en la *Gare de Lyon*, a las veintitrés y diez horas exactamente, las personalidades oficiales pasan las más grandes penas para mantenerse cerca del octavo coche donde se encontraba el Rey. A pesar del servicio de orden, en efecto, el deseo del público por manifestar sus sentimientos hacía imposible el mínimo respeto al protocolo. El duque de Miranda apareció en primer lugar, y la silueta de Alfonso XIII se encuadró en la portezuela. De repente un clamor formidable se alza, se amplifica, hace vibrar los más lejanos ecos del inmenso *hall*: *Vive le Roi!*"

Después "el Rey abandona la estación en medio del pueblo de París, en contacto inmediato con los latidos de su corazón tumultuoso y generoso; monta en un automóvil que lo espera y parte hacia el hotel de la *Rue de Rivoli* donde la Reina atiende ansiosamente su llegada. Sobre los millares y millares de cabezas que, desde el andén de llegada hasta el *Boulevard Diderot* y la *Rue de Lyon*, no dejan ningún espacio libre, las proyecciones del magnesio, manejado por los operadores de cine y por las escuadras de fotógrafos, multiplican extraños resplandores bruscos. Estos reflejos lívidos, este ruido, esta palpitación humana insondable, estos remolinos, ¡qué escena! Detrás de un cordón de agentes, que luchan frenéticamente dando codazos, el Soberano, poco a poco, llega a la salida. Está vestido con un traje gris oscuro, con un sombrero verde que no deja de levantar para saludar, para agradecer, esforzándose – profundamente emocionado ante tal acogida– por responder al cariño con una sonrisa. En su ojal una condecoración, sólo una: la mancha roja de la Legión de Honor".

Todavía había más: "En el patio de la estación arden antorchas, llevadas en la mano por curiosos voluntarios que cuidan iluminar el escenario a fin de facilitar a los *hombres del film* la realización de su trabajo. Durante este tiempo, desde el *Quai de la Rapée*, desde la *Rue de Bercy*, desde las inmediaciones de la Avenida *Ledru-Rollin*, el mismo grito corre por todo el mundo: *Vive le Roi!*, y el oído más atento o el más solícito no sabría percibir otro. El Rey ha podido enfin alcanzar, por el lado izquierdo de las vías, la acera exterior. Detrás de las verjas, la muchedumbre aclama con un ardor acrecentado, mezclando sus vivas con los de nuestros compatriotas que no han dejado al Soberano desde que puso el pie sobre el andén. Pero la *limousine* ha avanzado con rapidez y, para sustraerse a demostraciones tan imprevistas por su importancia como significativas por su potencia, el Rey desaparece tras la portezuela, y el conductor, aprovechando el momento de sorpresa producida, pisa el acelerador.

Sin embargo, cuatro o cinco manifestantes, sin parar de prodigar sus *Vive le Roi!* han conseguido subirse a los estribos, al capó del automóvil y se dejan llevar con él".

Y esa crónica del diario *Le Figaro* terminaba así: "En la *Rue de Rivoli*, delante del hotel donde la Familia Real se aloja, el Soberano llega en medio de aclamaciones renovadas por una muchedumbre enorme. El calor de los gritos y su acento sincero, emocionante, impresionante, son tan fuertes que, algunos momentos después, ante la insistencia de la multitud que reclama su salida al balcón, el Monarca aparece y, con un gesto sobrio pero infinitamente gentil, dice: *Merci, merci...* Como la gratitud del público se traduce en aplausos convertidos en trueno, la Reina, a su vez, sale también. Y entonces hacia ella una ovación sin fin".

Así, de esa manera tan extraordinariamente emotiva expresaba París, y con ella Francia, su agradecimiento al Rey Alfonso XIII. Los pueblos europeos que recibieron su ayuda, como el francés, supieron agradecer y hacer justicia a Don Alfonso, de cuya acción humanitaria se beneficiaron miles de hogares europeos donde dejó su huella caritativa en nombre de España, del pueblo español. Parece que sólo éste —su propio pueblo— no ha querido comprenderlo, no le ha hecho justicia, le ha sido ingrato.

Diez años después de la bienvenida parisina, Alfonso XIII moría en el cuarto de un hotel de Roma, el 28 de febrero de 1941, con el corazón desgarrado ante tanta sangre vertida en España y tanta destrucción durante la Guerra Civil, que fue lo que precisamente quiso evitar saliendo de su país. Mientras tanto, Europa se embarcaba en otra guerra. Pasado el tiempo, la obra humanitaria de Alfonso XIII se vería sumida en el olvido.